



veintisiete**letras**

## DOSSIER DE PRENSA

### **CRÓNICAS DE LA BOHEMIA**, de **ALEJANDRO SAWA**

Estudio preliminar de Iris M. Zavala

Edición e introducción de Emilio Chavarría

#### **FICHA TÉCNICA**

**Título:** Crónicas de la bohemia

**Autor:** Alejandro Sawa

**Estudio preliminar:** Iris M. Zavala

**Edición e introducción:** Emilio Chavarría

**Colección:** In/mediaciones

**Editorial:** Veintisiete Letras

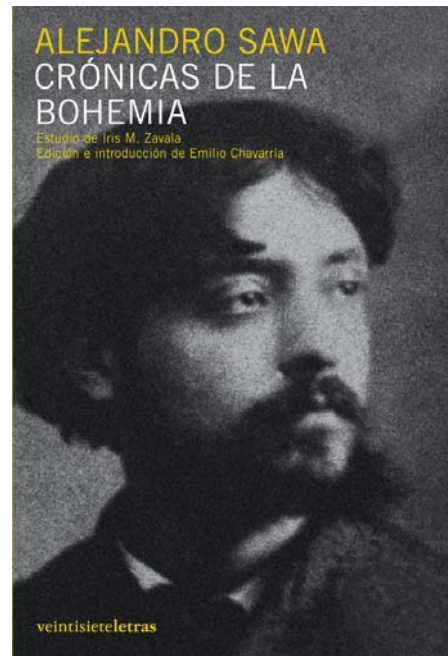
**Fecha de publicación:** 25 febrero 2008

**Formato:** rústica, 15 x 23 cm

**Páginas:** 672

**ISBN:** 978-84-935969-7-2

**PVP:** 26,95 €



#### **PRENSA**

María Moreno [prensa@veintisieteletras.com](mailto:prensa@veintisieteletras.com)

Tel.: 00 34 91376 4101

Veintisiete Letras [www.veintisieteletras.com](http://www.veintisieteletras.com)

Mirador de la Reina, 85 - 28035 Madrid

#### **DISTRIBUCIÓN EN EXCLUSIVA PARA ESPAÑA**

**UDL Libros** [www.udllibros.com](http://www.udllibros.com)

Tel. 917481190 [info@udllibros.com](mailto:info@udllibros.com)

Belfast, °15. Polígono de las Mercedes - 28022 Madrid

Este **dossier**, la **cubierta en alta resolución**, **nota de prensa** y **más información** están disponibles en nuestra página web: [www.veintisieteletras.com](http://www.veintisieteletras.com)



## *La obra*

### **Crónicas de la bohemia**

A fines del XIX y principios del siglo XX, las contradicciones del progreso desencadenan una crisis capital en el pensamiento y la sensibilidad europeos. Muchos inconformistas reaccionan contra la cultura dominante de la burguesía. La bohemia, definida por George Sand como «pasión de belleza y libertad», caracterizará a una nueva generación de escritores que buscan la originalidad, se saben cosmopolitas y vinculan el arte con la rebelión.

Sin duda, el andaluz Alejandro Sawa puede considerarse el **bohémio por excelencia**; con sus viajes por Europa, su amistad con Verlaine en París, su deambular por la noche madrileña, su vocación por la literatura, su actitud crítica, su inventiva y su hambre. Posiblemente nunca como en él se mezclaron vida y arte, belleza y protesta, sentimiento y razón. Personaje de leyenda, el **inolvidable Max Estrella de *Luces de bohemia***, espera el reconocimiento que merece más allá de su conocida *Iluminaciones en la sombra*, obra maestra del modernismo.

En este volumen **se recogen y editan por primera vez más de 170 crónicas que Sawa escribió para la prensa**; desde sus artículos de juventud en Málaga hasta los publicados poco antes de su muerte, en 1909, cuando ya se encontraba en la miseria «loco, ciego y furioso», en palabras de Valle-Inclán.

Además, **se incluyen cinco textos que escribió para Rubén Darío y aparecieron firmados por este** en *La Nación* de Buenos Aires en 1905.

Dueño de una prosa deslumbrante a la altura de Larra, Sawa **denuncia** con coraje y lucidez la España de la Restauración: la corrupción de la clase política, la ineptitud del Ejército, el oscurantismo de la cultura oficial, la indigencia del pueblo y la desmoralización del Desastre. Además, sus páginas **retratan la vida social y cultural de su tiempo**: Hugo, Baudelaire, Poe, Bécquer, Baroja, el asunto Dreyfus del que fue testigo directo, el anarquismo, la deshumanización de la ciudad... El llamado «Byron del proletariado» construye una **poderosa narración de España y Europa** con un espíritu libre que encarna **lo mejor de la modernidad**.

Esta amplísima recopilación de su obra periodística supone, en palabras de Iris M. Zavala, «una reivindicación histórica».

«Era totalmente moderno y sin embargo totalmente español. Moderno por su sentido de los problemas más nuevos; pero español por su amor frenético a lo imposible, a las figuras furiosamente gigantescas y a las terribles formas que exceden lo humano. Así protestaron antaño Goya y Ribera.», Hermann Bahr.



ESTUDIO PRELIMINAR

## El discurso de la bohemia, por Iris M. Zavala

Extracto

[...]

La nueva bohemia finisecular es un «proletariado artístico» de aguerridos combatientes, fuera de las fronteras de la sociedad burguesa y marginada en su inframundo por volición propia, libre e irresponsable, anárquica y consciente. Explotada por la burguesía, que sólo le permite vivir del tres al cuarto, pero rompe lanzas contra todo. Algunos son desesperados que se autodestruyen, exasperados contra lo divino y lo humano y enfurecidos contra la monotonía y el aburrimiento. De estos grupos emerge el cenáculo de *Le Chat-Noir* (1882-1985) en el café de Rodolphe Salis, en la Ciudad Luz, revista donde colaboraron Tristan Corbière (poeta bretón), Verlaine, Catulle Mendès, Charles Morice, Charles Cros, Germaine Nouveau, Maurice Rollinat, François Coppée, Jean Richepin, Edouard Dubus, que recordará tan a menudo Alejandro Sawa en España. Las primeras tertulias de los «Hidropantes» –nombre que adoptaron– se remontan a 1881; al año siguiente sale a la luz el primer número de su revista. Es esta la bohemia de Montmartre, a la que precedió la del Quartier Latin, con *La Plume* (1889-1913), como vocero, desde que la fundó León Deschamps. No era muy distinto al anterior este conjunto de escritores y pintores reunidos en el Soleil d'Or, 1, Place Saint-Michel. Allí se trasladaron Verlaine, Charles Moréas, Adolphe Retté y, alguna que otra vez, la bohemia hispánica: el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, el nicaragüense Rubén Darío y el sevillano Sawa. Llegó muy a tiempo Rubén en 1893, fecha de su primer viaje a París, para impregnarse de este azul.

[...]

La bohemia es, pues, escéptica, pero combatiente. En Francia, hija de la III República; en España, de la Restauración. Grey inofensiva o legión de conspiradores, la vida bohemia se extiende como la pólvora y también hará su entrada y se aposentará en la vida española al filo del siglo.

[...]

en esta edición de las crónicas de Sawa el lector actual encontrará una zona de la prosa española que décadas de indiferencia han echado a un injusto olvido.

[...]

La cultura finisecular continúa siendo una época decisiva para comprender los hechos históricos y literarios posteriores, y el lector de hoy encontrará en estas páginas magníficas percepciones sobre la urbe, pues se va delineando el paisaje urbano, el cosmopolitismo, la grey de los modernistas. Se elabora un programa estético y una nueva imagen del escritor; su papel constructivo y programático de diseñador social. Este «intelectual armónico» intenta construir una modernidad que se integre al conjunto del progreso industrial, que con los modernistas se pone en evidencia. Lo que vemos a fin de siglo es desplegarse y levantarse los siete velos de la fantasía.

[...]

Sawa se nos revela como un observador independiente, que parte precisamente de una toma de partido, con sus desgarramientos profundos en lo tocante a la esencia de las costumbres y al estatuto del individuo en la sociedad. Este discurso de la libertad está presente, es constante en el interior de cada texto, con sus contradicciones y sus discordancias, personales a la vez que comunes, y siempre, imperceptiblemente o no, delirante. Confiemos que el lector de hoy se detenga en que estos textos no solo dicen lo que dicen, sino que además dicen lo que es la literatura.



## INTRODUCCIÓN

### **Una mirada crítica: las crónicas periodísticas de Alejandro Sawa, por Emilio Chavarría**

Extracto

[...]

las crónicas periodísticas de Sawa que aquí nos van a ocupar ... sí que aportan nueva luz sobre sus comienzos como periodista y sobre el alcance de su pensamiento, al mismo tiempo que muestran una continuidad en el tiempo, fieles desde el principio al ideal que perseguía conquistar.

[...]

La prensa fue para Sawa muy importante a la hora de dar a conocer su creación artística. Concebía la crónica periodística como la historia cotidiana de los acontecimientos, y al cronista como su historiador. La crónica es para Sawa reflejo escrito de la vida, la que marca con mayor sensibilidad la temperatura y el estado de la cultura de los pueblos, y así lo expresa en una de sus crónicas:

(...) no es el más insigne periodista el que escribe mejor, sino el que comprende y maneja mayor número de postulados intelectuales. Por eso Flaubert, el puro asceta de la frase, que en su locura por la letra impresa llegó a decir que el mundo no tenía otra razón de ser que la de dar lugar a la producción de libro, no comprendió nunca el periodismo, del que censuraba la rapidez de su prosa, y la ligereza forzada de sus juicios. «Yo siento –dijo– una repugnancia profunda por el periódico; quiero de decir, por lo efímero, lo pasajero; lo que tiene importancia hoy dejará de tenerla mañana». Pero eso era la prensa de ayer. La de ahora, apropiándose el altanero precepto de Ruskin de que la belleza y la dificultad van unidas, ha podido dar la batalla al libro y resultar vencedora en todos los episodios de la acción.

[...]

Los artículos periodísticos publicados en Málaga entre los años 1877 y 1878 son tan sólo una muestra mínima de los que debió de escribir Alejandro Sawa en aquella época. El principal problema a la hora de conocer el total de su producción en esta etapa se plantea ante la escasez de estas publicaciones locales en hemerotecas y archivos. (...) descubrimos a un jovencísimo y prometedor Sawa participar en la vida literaria malagueña y defender ideas modernas acerca del Estado y la sociedad. (...), podemos notar ya un cierto tono desafiante e irónico que no se arredra ante las críticas, sino que, al contrario, parece disfrutar de una superioridad intelectual, o cierta soberbia, que le acompañará durante toda su vida.

[...]

Los artículos periodísticos que cubren el período que va desde su vuelta de París en 1896 hasta su muerte en 1909, fueron estudiados ampliamente por Allen W. Phillips, quien los agrupó en cinco apartados donde incluyó la totalidad de artículos y cuentos hasta entonces conocidos. Los nuevos artículos no cambian aquella clasificación y pueden agruparse todos bajo sus diferentes apartados. Muchos son duplicaciones o reelaboraciones de artículos ya conocidos, algo habitual en Sawa, otros destacan por su valor temático y aportan un nuevo y mejor conocimiento de su opinión sobre asuntos candentes de su época.

[...]

Frente, podríamos decir, a un metalenguaje fosilizado, tanto poético como político y social, Sawa opone su experiencia vital novedosa, única, y no teme repetirse en cuanto es esa vitalidad de su experiencia la que debe oponer siempre a la paralizada, postrada y vieja España oficial, incapaz de arriesgarse en ninguna experiencia vital nueva. Esta tensión entre lo oficial y la experiencia individual y particular será el caballo de batalla de toda la producción de Sawa. (...)El romanticismo



que algunos críticos ven en su obra no es otra cosa que la defensa de ese ámbito de la vida (y el dolor) del que no quería separarse, anunciando con ello la posible desintegración que significaba renunciar a una experiencia particular del mundo. Por eso Sawa sigue siendo tan actual en este otro principio de siglo.

[...]

También trata en otras crónicas sobre la crisis del caso Dreyfus, de la Comuna de París, sobre la guerra del 98, de la religión, del feminismo, sobre la triste noticia de un desahucio, nombramientos de académicos, sobre la coacción del Estado, de la moral, de otros países como China, sobre la prensa, y de otros tantos temas de la actualidad de su tiempo, siempre desde la perspectiva crítica de una España *horizontal* que él quisiera *vertical*.

Sin embargo, para Alejandro Sawa esta crítica a una España atrasada y ridícula, políticamente corrupta e injusta, pobre y mísera, significa también al mismo tiempo una herida que quiere cerrar. A Sawa le duele España y necesita creer en ella, de otra forma, por supuesto; de ahí que el tema de sus crónicas sea fundamentalmente el problema de España.

[...]

Estas crónicas que acabamos de ver son las más sombrías de Sawa, donde el autor da voz a la marginación social resaltando la incapacidad política de una España basada en unos valores de identidad que estaban anclados en el pasado para asumir reformas sociales que creía necesarias, y que en cierta medida conforman su autobiografía social. Al lado de estas, también tiene momentos de «iluminaciones» donde su prosa da voz o recuerda a sus amigos literarios o escritores favoritos, casi todos de su época parisina y con una vida muy similar a la suya, son las crónicas que constituyen su autobiografía espiritual; en definitiva, Alejandro Sawa lo que intenta es abrir un hueco en el discurso social y literario para dar entrada o voz a todo lo excluido del ámbito de lo establecido en una España dogmática y sin voluntad. (...) Las crónicas de Sawa sobre sus autores preferidos y amigos lo convierten en el introductor del modernismo en España.

[...]

Los trabajos que Sawa dice ser suyos fueron publicados por Rubén en *La Nación* de Buenos Aires en 1905. En la presente compilación se reproducen todos los artículos que menciona Sawa en su carta, excepto «Semana Santa en Madrid», debido a que no se puede confirmar su autoría mediante otra crónica anterior o posterior con la que cotejarla.

[...]

No renunció a nada; muy al contrario, su vida y su obra muestran hasta el límite la herida que supone esa trágica escisión. El escritor asume hasta el final *su* voluntad y *su* vitalismo con la inevitable consecuencia: miseria y muerte.



## *El autor*

**Alejandro Sawa** (Sevilla, 1862 - Madrid, 1909)

Alejandro Sawa Martínez nació en Sevilla; muy niño se trasladó a Málaga, donde vivió hasta su juventud. Con apenas dieciséis años, publica sus primeras crónicas, en las que se descubre como un prometedor periodista que defiende ideas modernas sobre el Estado y la sociedad.

Hacia 1885 llega a Madrid. Escribe, fiel a su espíritu inquieto y combativo, sucesivas novelas de corte naturalista: *La mujer de todo el mundo* (1885), *Crimen legal* (1886), *Declaración de un vencido* (1887), *Criadero de curas* (1888), *Noche* y *La sima de Igúzquiza* (1888).

*He nacido en Sevilla, va ya para cuarenta años, y me he criado en Málaga. Mis primeros tiempos de vida madrileña fueron estupendos de vulgaridad —¿por qué no decirlo?— y de grandeza. Un día de invierno que Pi y Margall me ungió con su diestra reverenda, concediéndome jerarquía intelectual, me quedé a dormir en el hueco de una escalera por no encontrar sitio menos agresivo en que cobijarme. Sé muchas cosas del país Miseria; pero creo que no habría de sentirme completamente extranjero viajando por las inmensidades estrelladas.*

Cinco años después, se marcha a París atraído por la vida artística de la metrópoli. En sus cenáculos literarios, traba amistad con Verlaine, Daudet y otros poetas parnasianos y simbolistas, además de con Rubén Darío. Allí se casa con Jeanne Poirier, y disfruta de los mejores años de su vida, alcanzando gran prestigio entre la intelectualidad europea.

De regreso a Madrid en 1896 por razones de salud, se convierte en destacado introductor de las vanguardias en España y contribuye, con Valera, Clarín y Salvador Rueda, al temprano reconocimiento de Darío entre los escritores españoles.

Escribe en los más importantes diarios de la época, desde donde fustiga a los políticos y denuncia la miseria moral y material que aqueja a nuestro país. Sufre por ello un progresivo rechazo que lo conduce a la marginalidad. Sus últimos años fueron trágicos, a la penuria económica se suma su derrumbamiento físico y moral. El 3 de marzo de 1909 muere, ciego y preso de la locura, en su humilde casa de la calle Conde Duque, dejando en la más absoluta indigencia a su familia.

*¡Irme, irme! Ya no sueño sino con eso. Irme a una tierra cualquiera donde la villanía no sea el estado social de la gente, donde a lo menos las afirmaciones y negaciones tengan el sentido filosófico que todos los léxicos les prestan, donde el honor se asiente en las almas y no en los labios. ¡Irme, huir de aquí, por dignidad, por estética, por instinto de conservación! ¡Es que yo me noto aún sano en esta sociedad de leprosos!*



En 1910, se publicó su obra *Iluminaciones en la sombra*, con prólogo de Rubén Darío. Como base para la redacción de este libro, compuesto de recuerdos, iconografías y divagaciones, Sawa utilizó muchas de sus crónicas, que conocía de memoria y reescribía constantemente.

## Dijeron sus contemporáneos...

Quiere introducir en la vida la belleza que siente. Quiere mejorar, transformar, crear hombres libres, hombres de nobles deseos a los que el amor dirija. Así es él: artista que exige arte en el mundo, belleza en la vida, sublevado contra cualquier orden que amenace sus reglas. No podía quemarse en medio de los ridículos motines de su país, en medio de los eternos debates políticos, donde cada noche se destrona una reina y se proclama una revolución, en medio de esas trágicas operetas. Debía marcharse y esperar...

**Herman Barr**, *Deutsche Zeitung* (Hora Alemana), reproducido por *Le Mercure de France*, octubre de 1893.

Una cabeza sorprendente cuya fuerza de expresión hace pensar en aquellos moros españoles de la Reconquista, y cuya firmeza de rasgos y de facciones habría inspirado a Teodoro de Banville —el miniaturista admirable— un camafeo delicioso. Los ojos negros, grandes, soñadores y con algo en las pupilas de esa crueldad somnolente y de ese abandono triste de las razas africanas; la nariz delgada, enérgica y regular; la boca fresca, de labios sensuales e insinuantes; la piel, de un moreno cobrizo, pálido y ardiente, y la barba, negra y rizada, como la espléndida melena. Una figura, en fin, tan singularmente hermosa, que habría dado, al autor ilustre de *Noche* y de la *Declaración de un Vencido*, el derecho de no tener otros méritos, para merecer ya la admiración.

**Enrique Gómez Carrillo**, París, agosto de 1891.

Sawa era, a los veinte años, la osadía, el talento, la elocuencia. Sawa era el triunfo. Bajo su cabellera de romántico, todas las audacias de pensamiento eran legítimas, y la época le llevó a cultivar la audacia del naturalismo, con el mismo aire de reto a la burguesía, a la vulgaridad que antes habían tenido Larra y Espronceda. Empezó a vivir cuando agonizaban los tiempos en que el lirismo era una cosa aceptada y estimada en el medio social, y en que los idealistas, hijos de la revolución, podían aspirar al premio de una posición positiva. Ese lirismo, esa pompa de la fantasía no fue para él un aspecto de la vida, sino toda la vida. Cuidó dentro de su alma esa flor delicada y trató de imponerla como una religión.

**Luis Bello**, *El Mundo*, 3 de marzo de 1909.

Hasta el nombre lo tenía triunfal —ha dicho un periódico. Sí, triunfal como su apostura hermosa, aristocrática, de artista exquisito. Triunfal como su prosa, que a la de nadie se parecía. Triunfal como su espíritu refinado, selectísimo, que sentía mareos ante todo lo vulgar. Su vida triunfal, en medio de su orgullo de bohemio voluntario, paseando con majestad olímpica sus harapos, dignos de desterrado en un ambiente hostil a su interior mundo ideal; en muerte, envuelto en la blancura sencilla de un sudario, triunfal de aspecto, con su rostro de perfil clarísimo, como iluminado aún por la luz interna que encendió esplendorosamente de los más puros matices toda la magna urdimbre de sus soberbias quimeras.

**Nicasio Hernández Luquero**, *El País*, año XXIII, núm. 7875, 8 de marzo de 1909.



**Prólogo de Rubén Darío a *Iluminaciones en la sombra*** (Madrid, Renacimiento, 1910).

Juana Poirier de Sawa, la viuda de Alejandro Sawa, me ha pedido un prólogo para el libro póstumo de su marido. Lo haré con gusto en memoria de mi vieja amistad con el gran bohemio y por complacer a la buena, a la generosa compañera que por veinte años suavizó la vida de aquel hombre brillante, ilusorio y desorbitado.

Recién llegado a París por la primera vez, conocí a Sawa. Ya él tenía a todo París metido en el cerebro y en la sangre. Aún había bohemia a la antigua. Era en el tiempo del simbolismo activo. Verlaine, claudicante, imperaba. *La Plume* era el órgano de los nuevos perseguidores del ideal, y su director, Léon Deschamps, organizaba ciertas comidas resonantes que eran uno de los atractivos del Barrio. A esas comidas asistía Sawa, que era amigo de Verlaine, de Moréas y de otros dioses y subdioses de la cofradía. De las tres cosas cantadas por la sonora trompeta de Bonafoux: «Sawa, su perro y su pipa», no me fue dado conocer entonces más que a Sawa y su pipa. No recuerdo bien, pero creo que me fue presentado por Gómez Carrillo. Era a la sazón un hermoso tipo de caballero, airoso, con cierta afectación en la mirada y en los ademanes. Debía tener mucho prestigio con las damas, aunque su bolsillo no estuviese boyante. En un palco de *music-ball* conocí una noche a su querida, marquesa auténtica.

Recorrimos juntos el «país latino», que entonces tanto me fascinara. Aún se soñaban sueños con fe y se decían versos de verdad. Si existía el arribismo, tenía otro nombre y no tanta desvergüenza. El pez simbólico del acuario parisiense comenzaba a regar por todas partes sus huevas; pero Mimí no iba en auto a cenar a la taberna del Panthéon.

Sawa andaba por el Barrio como un habitual personaje de él. Sus compañeros eran notorios. Su aspecto de levantino aparecía en las revistas literarias cenaculares. Su cabellera negra se coronaba con el orgullo fantasioso de un sombrero de artista, de un *rembrandt* de anchas alas. Su sonrisa era semidulce, semiirónica. Estaba impregnado de literatura. Hablaba en libro. Era gallardamente teatral. *Poor Alex!* Recorriamos el país latino, calentando las imaginaciones con excitantes productores de paraísos y de infiernos artificiales. ¡El ángel-diablo del alcohol! Unos cayeron víctimas de él; otros pudimos amaestrarle y dominarle. Sawa fue de los que buscaron el refugio del «falso azul nocturno» contra las amarguras cotidianas y las pésimas jugadas de la maligna suerte. Mucho daño le hizo el ejemplo del pobre y *mauvais maitre* que arrastraba su pierna y su mitad inocente y su mitad perverso genio por los cafés de la orilla izquierda del *morne* Sena.

Ya tenía Sawa historia literaria y leyenda. Había publicado *Noche*, *Crimen legal* y *Declaración de un vencido*, obras que demostraban talento, fuerza, temperamento de artista. Entre lo legendario circulaba algo inventado por Luis Bona-foux: que había hecho un viaje a París con el único objeto de conocer a Víctor Hugo; que el anciano emperador de la poesía le había dado un beso en la frente, y que desde entonces Sawa no había vuelto a lavarse la cara... El buen Sawa tomó la cosa en serio, protestó. Luego confesó que ello había sido una de sus amargas bromas amistosas. Lo cierto es que él siempre vivió en leyenda, y que, siendo, como fue, de una gran integridad y sinceridad intelectuales, pasó su existencia golpeado y hasta apuñalado por lo real en la perpetua ilusión de sí mismo.

Era un gran actor, aunque no sé que nunca haya pisado las tablas. Con su dicción y sus gestos pudo haber imperado por las máscaras; pero aquel romántico sonoro no representó sino la propia tragicomedia de su vida. Primero, galán joven, decorado de amor y ambiciones, rico de sus bellos



ojos conquistadores, vigoroso de su voluntad de triunfar, con dos cosas que no suelen andar juntas en el mundo, una firme, otra ligera y superficial, orgullo y vanidad. Luego, gris de años, a la entrada de la vejez, fue barba trágico, que como en el verso del Hugo que adorara en su juventud, «fue ciego como Hornero y como Belisario», engañado por el destino, pobre, pudiendo haber sido rico, lamentando, ya tarde, el tiempo perdido para la dicha y para la tranquilidad de los días postreros. Escribe él en una de sus últimas páginas, o no escribe, dicta: «Vino el duende que era embajador de la dicha. Yo estaba ocupado en cosas inútiles, pero que me placían momentáneamente... —Ven luego —le dije—. Y mi vida desde entonces ha transcurrido aguardando desesperadamente al emisario, que no se ha vuelto a presentar jamás.» Él no supo, embriagado de azul, escuchar las palabras de la Ocasión ni asirla de las crines de oro. La Ocasión tiene una copiosa y luminosa cabellera, aunque la pintan calva, sólo que se presenta raras veces, y hay quienes cometen el error de decirle que vuelva luego, como Sawa.

Amaba el excelente escritor la Belleza, la Nobleza, la Bondad, todas las sagradas cualidades mayúsculas. Se asomaba a perspectivas de eternidad; mas siempre se distraía en lo momentáneo, e hizo del Arte su religión y su fin. El arte en los propósitos, en la existencia; el arte a su manera y con sus medios. Las «cosas inútiles» de que habla; el zumo azulado que sale de la pipa de Neso que se complace en fumar; el querido martirio. Para él sí que en todo *l'art c'est l'azur*. Así expresará también: «...es sabido que todas las lejanías soberanamente bellas son azules: la montaña, el mar y el cielo... En mis lutos yo me plazco viviendo en lo azul, y en él me envuelvo, y de él me lleno y me embriago, y no se me aparece la muerte fea si el sudario que como una atmósfera invisible ha de cubrir mi cuerpo es azul, azul como la montaña y el mar y el cielo, azul como todas las lejanías hermosas de la vida».

Yo le he visto en mil instantes. Hombre jovial, compañero risueño, de una voz ya ruidosa, ya como medio velada con una gasa de seda, sutil narrador de anécdotas, noctámbulo, revelador de felicidades paradójicas y descubridor de fatamorganas. Ceremonioso y escénico, al punto de que su simple entrada en un café era un espectáculo. Amigo de hacer visible y retórica su superioridad mental, con actitudes y con tropos. Galante con sus pares, cruel en frases acres con obtusos patrones y empingorotadas medianías. Dandy agriado por los vinagres emponzoñados de la pobreza, se complacía en vengar con los alfileres de su ingenio las injusticias de los malos dirigentes. Ciranesco, quijotesco, d'aurevillyesco, todo en una pieza, llevó siempre, eso sí, aun en las mayores angustias y caídas, levantado e incólume, su penacho de artista. Intransigente, prefirió muchas veces la miseria a macular su pureza estética. Su pureza no era blanca, era azul.

Dicen que era perezoso... Yo soy testigo de que esa afirmación no es muy exacta. En horas de apuros y de escasez, cuando en los periódicos de Madrid no encontraban colocación sus trabajos sino muy de tarde en tarde y por las pavorosas tarifas de que se habla, Sawa tenía que escribir artículos para un lejano país de América. Cierto es también que sus arranques verbales contra las empresas madrileñas no eran lo más a propósito para que se le llamase con los brazos abiertos. Satirizaba ásperamente y no economizaba saña y ridículo contra conspicuos mecenizantes. Es indudable que no tenía un concepto claro de lo práctico, y que juzgaba el don del ensueño, de la meditación y de la bella escritura como lo primero sobre la tierra. Así, se sentía siempre desposeído o *in partibus*. Se sentía con indiscutible derecho a consideraciones y prebendas que veía impartir a quienes consideraba como inferiores y mediocres. Se hacía más insoportable la brega con su facultad aumentativa, con lo cual, y lo exacerbado de sus nervios, percibía más oscuro lo oscuro del mundo.



Tal le encontré en Madrid años después de nuestra temporada del Barrio Latino. No podía ocultar la nostalgia del ambiente parisiense, y se sentía extranjero en su propio país, desarraigado en la tierra de sus raíces. ¿Por qué ese tipo solar, hijo de padre griego y de madre sevillana, y que pasó sus primeros años al amor de la luminosa Málaga, amaba tanto a París, en donde el sol se muestra tan esquivo y una bruma del color del ajeno opaliza los otoños? No es único el caso suyo, y la razón podría explicarla el heleno Papadiomantopoulos. El hecho es que él siempre tenía presente su visión lutejana. No hablaba dos palabras sin una cita o reminiscencia francesa. Exponía contento sus literarios recuerdos, sus intimidades con escritores y poetas.

Verlaine a cada paso y ante todo; Luis le Cardonnel, Vicaire, Moréas, Duplessis, Jean Carrère, Charles Morice, Pierre Longs y otros muchos, toda lira y toda la *Plume*.

Siempre acariciaba el deseo de volver a la ciudad de sus sueños. Un día me mostró un diario, muy animado, muy alegre: «¡Por fin voy a retornar a París! Ve quién es ministro, un íntimo amigo mío.» Era verdad lo que decía. Pierre Baudin había sido nombrado ministro de ya no recuerdo cuál Gabinete de Loubet, y Pierre Baudin había sido, en efecto, amigo íntimo de Sawa en días de juventud. Pero ¿se acordaría Baudin? ¿Le escribiría Sawa siquiera felicitándole? Ambos son puntos de dudar. El hecho es que Alejandro no volvió a París.

La literatura vivida, que le fue tan funesta, tuvo, sin embargo, para él consuelos sedativos. Jamás dudó de la supremacía de su talento. Se revestía a sí propio de púrpura. Y cuando le llegó la terrible dolencia que le dejó ciego, tened por seguro que al dictar a su mujer o a su hija se creía Milton o, con la frente hacia el cielo, el divino Melesigenes.

Pudo dejar una gran obra, pues tuvo en su espíritu una llama genial. Pero el latino lo clamó en sus hexámetros:

...Sed defluit aetas  
Et pelagi patiens, et casidis, atque ligonis:  
Taedia tunc subeunt animos; tunc seque suamque  
Terpsichoren odit facunda et nuda senectus.

Dejó pasar el buen tiempo. Vio llegar la vejez triste y se encontró abandonado de todo y de todos, tan solamente con dos almas dolorosas a su lado, y enfermo y ciego y lamentable... Dicha fue que perdiese la razón antes de que llegara la agonía. Meses antes de expirar escribió tanteando, a pedido de un periodista que le visitara, esta frase: «Recuerdo de un hombre cuyas pupilas quedaron abrasadas por su afán de mirar fijamente a lo infinito.» Por eso se quemó las pupilas, y las mismas alas, la pobre águila. Se olvidó, por mirar fijamente lo infinito, de que era un señor de carne y hueso, de que tenía mujer e hija, de que era preciso hacer dinero. Aunque hubiera sido poco, pero dinero. Dinero para asegurar los días por venir, las consideraciones que deseaba, para comer, beber y fumar bien, con todo lo cual es indudable que se puede contemplar mejor, y sin ningún peligro, lo infinito.

¡Ah, creo que no le olvidaré nunca! Le oigo aún en nuestros días y noches fraternales; le oigo aún al llegar a mi casa, haciendo sonar su bastón, verlainianamente, y hablándome en alta voz, en francés... Le oigo aún, por las calles de la villa, en la alta noche, a la luz de la luna, recitando:

*Les violons  
De l'automne...*



o cantando alguna antigua canción de Francia:

*Le roy fait battre tambour,*

o recordando alguna anécdota barriolatesca: «Una vez, estando con Herman Bahr y Charles Morice en el d'Harcourt...»

Por fin se hundió en la eterna noche, en la noche de las noches. Ha tiempo descansa.

*Bonne nuit, pauvre et cher Alexandre!*

### **Epitafio, por Manuel Machado**

A ALEJANDRO SAWA

Epitafio

Jamás hombre más nacido  
para el placer, fue al dolor  
más derecho.

Jamás ninguno ha caído  
con facha de vencedor  
tan deshecho.

Y es que él se daba a perder  
como muchos a ganar.  
Y su vida,

por la falta de querer  
y sobra de regalar,  
fue perdida.

Es el morir y olvidar  
mejor que amar y vivir.  
Y más mérito el dejar  
que el conseguir.